

Excursión por la Sierra de Guadarrama

I A TRAVÉS DE LA PEÑA Y DE UNA IDEA

EL DÍA 11 de noviembre de 2006 el grupo reunido en el seminario de Miraflores de la Sierra salió de excursión por el Guadarrama. Un año antes los componentes de los equipos de trabajo de Pau y de Madrid ya habíamos hecho un recorrido serrano, aunque en un día de nubes, nieblas y frío. En cambio, la excursión de 2006 que ahora reseñamos se desarrolló con un tiempo espléndido y con más variados participantes. Fue un día memorable en todos los órdenes y por eso dejamos aquí constancia por escrito de su inserción en las actividades de las jornadas que han dado lugar a esta publicación. Comenzó el itinerario en la Residencia de la Cristalera, donde se celebraban las jornadas, ascendimos al Puerto de la Morcuera, bajamos al Valle de Lozoya, lo recorrimos río arriba, alcanzamos el Puerto de los Cotos, subimos hasta la Laguna de Peñalara, luego atravesamos el Puerto de Navacerrada y Valsaín, y (guiados aquí por Nicolás Ortega) disfrutamos de los jardines de La Granja hasta el atardecer, tanto desde sus caminos como por sus significados. Vimos, pues, la sierra machadiana de piedra, agua y bosques y también uno de los rostros humanos nobles de la montaña.

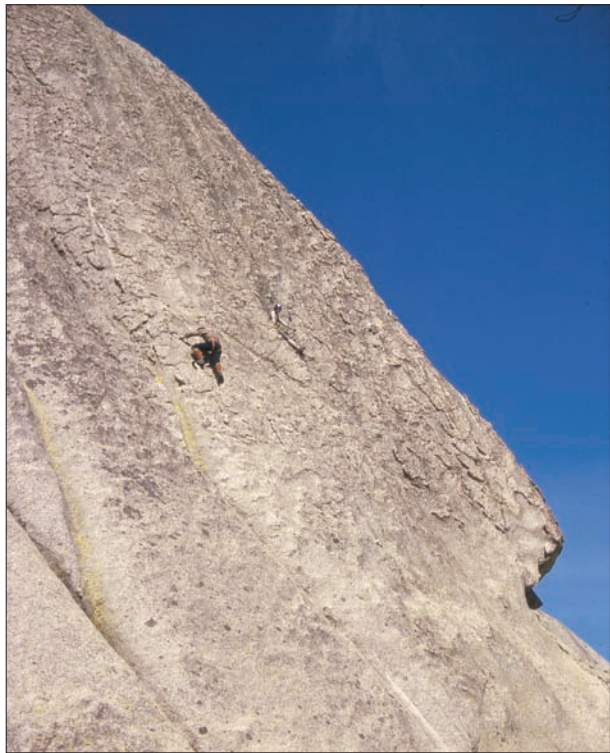
No obstante, es tal la potencia territorial de Madrid que hasta la próxima Sierra de Guadarrama, hasta la cumbre que aún guarda la excelencia de una vigorosa personalidad natural, tiene ya una clara dependencia de la ciudad, de sus redes materiales y, por fortuna, además, de sus iniciativas inmateriales. Cada día que pasa, la montaña, todavía original y de marcados rasgos natu-

rales, pertenece más al dominio territorial de la capital. De este modo, esa naturaleza de la Sierra contrasta casi sin transición con terrenos urbanizados, pero esa relación intensa también le ha permitido adquirir señalados prestigios nacidos de la admiración, del estudio y de la vivencia cultural de la naturaleza. De éstos derivaron su valoración como paisaje y la voluntad de preservarlo. La Sierra de Guadarrama es un territorio, pero es también una idea, es un legado de peñas, pinares, robledos y prados y, a la vez, una herencia cultural. Esas corrientes culturales han dado lugar a una honda apreciación del monte, el regato, la nieve, el campo o el pueblo, valores que conviven con otros procesos menos desinteresados, propios de la urbe creciente y dominante que se agita a sus pies: frente al trasiego, la Sierra aún es sosiego. La Sierra de Guadarrama no se explica sin esta complementariedad. Salir de excursión es también localizar la calidad propia de esta montaña, su nido del silencio. Por ello, vamos a describir primero tres de sus componentes sustanciales y después señalaremos las claves de nuestro recorrido en busca de tales elementos.

II LA MONTAÑA DE PIEDRA

Toda esta sierra reproduce las formas bruscas y simples de los bloques alargados de rocas viejas del sustrato meseteño, levantados y dispuestos en alineaciones sencillas. Sigue los volúmenes de los eslabones de una cadena más amplia que iza roquedos profundos y antiguos, gneises, granitos, pizarras y cuarcitas, desde la

FIGS. 1 a 6 (de izquierda a derecha y de arriba abajo). 1. La falda boscosa de la Sierra; 2. El límite superior del pinar serrano; 3. Invierno en La Morcuera; 4. Al descender del puerto de Canencia; 5 y 6. Riscos de La Pedriza. Fotografías de Eduardo Martínez de Pisón.



oriental Sierra de Ayllón, y que se alargan hacia occidente, quebrando el zócalo rocoso peninsular, por los macizos de Gredos y Béjar, hasta la portuguesa Sierra de la Estrella. Las cumbres del Guadarrama no están apenas astilladas, sino que se extienden en largos recorridos en tendidas lomas pedregosas con collados altos, apenas marcados, formando barreras costosamente franqueables. No es, pues, una sierra laberíntica, pero sí un muro. Sus cuerdas están poco ramificadas, sus hileras poco repetidas, sus vertientes son largas, sus laderas extensas.

En tal edificio de arquitectura clásica, de bloques y fosas con materiales igualmente sencillos de la corteza antigua, el gneis gastado de formas romas, de lomas monótonas, aparecen lugares definidos en contraste por el granito, muy manifiesto por sus paisajes torreados, sus relieves en canchales, domos, agujas, losas y pasillos. El dédalo, por tanto, sólo está destacado localmente, como expresivamente se manifiesta en los llamativos relieves graníticos de la Pedriza de Manzanares (en Siete Picos no son enmarañados sino torreados), pero el conjunto es de líneas rotundas de cuerdas, canales y rampas, con un solo valle verdaderamente interno, estrictamente intramontañoso y amplio entre dos altos y largos cordales, que hace de corazón de la cadena: la fosa del Lozoya. Los demás valles que modelan sus faldas, aunque a veces son amplios y profundos, como el boscoso Valsaín, se abren hacia los llanos del entorno.

Casiano de Prado recogió en el año 1864 los nombres vernáculos con los que se denominaba popularmente a las formas del Guadarrama de piedra por excelencia, el granítico. Un paisaje de palabras: «Cuetos, cabezos, berruecos, lanchas, tolmos, canchos, piedras desmoronadizas, desmembradas y desprendidas». La Pedriza de Manzanares es, como decimos, el mejor ejemplo de esos originales escenarios torreados en la ladera hendida y escalonada de la Sierra, formando una cascada de resaltes pétreos que desciende desde la Cuerda Larga hasta la base de la montaña. En la Pedriza, la roca, el granito, es el elemento definidor del paisaje. Cada peldaño de su quebrada ladera está compuesto por grupos de domos y haces de riscos separados por dédalos de callejones y por travesaños que escarpan rítmicamente su valle en pautas geométricas de carácter aéreo, armónico y repetitivo, con marcada individualidad geográfica. Su conjunto es un sistema armónico, un todo estructurado de formas de diversos tamaños, encajadas unas en otras. La roca, pues, es aquí el fundamento del paisaje, del pico voluminoso al guijarro.

Peñalara, también paisaje pétreo, significa en cambio en la Sierra de Guadarrama la suma de la alta montaña a su conjunto. Hace al Guadarrama mejor, más completo. Culmina la Sierra, con los rasgos propios de la altitud, que es el atributo de identidad más acentuado de todas las montañas del mundo. Acompañando a este factor aparece de modo concentrado el modelado glaciar que esculpe sus flancos, otorgando sus claves a este recinto suspendido. Su tamaño reducido lo hace abarcable en una sola mirada y permite poner en relación todos sus elementos: los rocosos en los escarpes de gneis y los erosivos en los circos, umbrales, cubetas y morrenas, dando lugar a escenarios que evocan con la fuerza de la síntesis un pasado no tan antiguo de efectivo y severo cambio climático. Peñalara es el gran regalo del Guadarrama. Es el complemento capital del conjunto de fragmentos valiosos que constituyen su suma. Y ese risco que forma la cima de la Sierra es también un paisaje cultural: lo es en las valoraciones, está presente en páginas de escritores y en cuadros de pintores de primera fila, ha dado lugar a estudios, a libros, a enseñanza, a ascensionistas que viven un acto cultivado en su camino a la cumbre, a amantes de la naturaleza que han logrado en su conservación un nivel altamente civilizado. Peñalara es a la vez una montaña y un símbolo acumulativo.

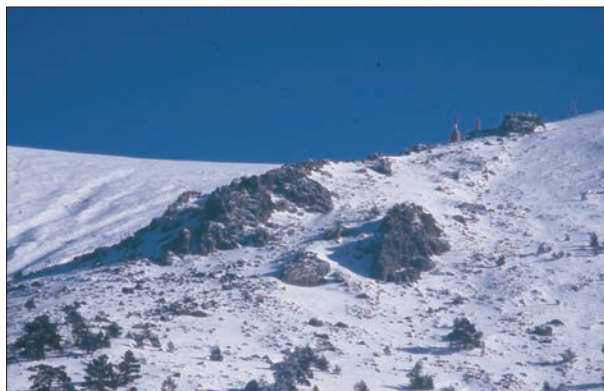
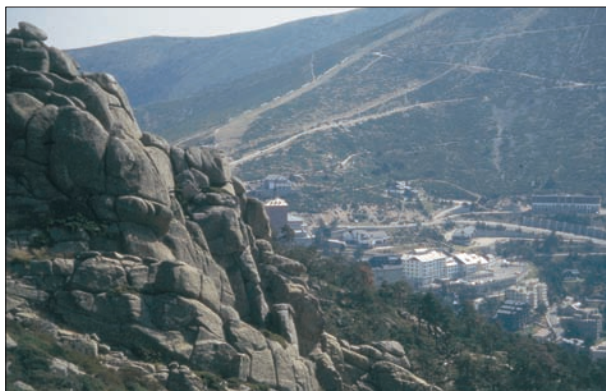
III MONTAÑA DE BOSQUES

Si venimos desde el sur de la Comunidad de Madrid, por ejemplo desde las alamedas ribereñas de Aranjuez, cruzaremos campos, riberas, pueblos y ciudad (mucho ciudad como un motor a toda máquina), atochares y encinares. En los llanos son numerosos los melojares, encinares y quejigares que han pasado a ser tomillares, retamares, jarales, espartales o campos de cultivo, barbechos y no poca veces (cada día más) cemento. Pero, cuando alcancemos la Sierra, el paisaje se enriquecerá con enebrales, fresnedas, robledos y pastos, para luego ascender entre densos pinares silvestres hasta los matorrales y pastos de altitud. La fisonomía de los llanos revela sobre todo la huella de actividad humana, los campos de labranza, las tierras pastoriles, los territorios urbanos y los antiguos cazaderos reales, con algunos elementos residuales de naturaleza entre las piezas de su mosaico territorial.

Si descendemos, a la inversa, de una cumbre pedregosa de la Sierra por encima de los 2.000 metros de altitud, veremos cómo recubren a los altos canchales y pe-



FIGS. 7 a 12 (de izquierda a derecha y de arriba abajo). 7. La fosa del Lozoya; 8. Los hoyos colgados en la montaña del Lozoya; 9 y 10. El circo de Peñalara; 11. Las morrenas y el antiguo lecho glaciar de Pepe Hernando; 12. El Cerro Claveles, desde la cumbre de Peñalara. Fotografías de Eduardo Martínez de Pisón.



FIGS. 13 a 17 (de izquierda a derecha y de arriba abajo). 13 y 14. El puerto de Navacerrada y sus cumbres próximas; 15. Cumbre en los Siete Picos; 16 y 17. Huellas cortesanas en La Granja y Valsaín. Fotografías de Eduardo Martínez de Pisón.

dreras los piornales y jabinares con brezos y cambroños, festucas, gencianas y algunos cervunales. Por debajo entraremos en el pinar albar serrano, que forma un tapiz de arbolado esbelto por las vertientes montañosas, un bosque de ambientes propios, de luces filtradas, copas oscuras, troncos rojizos y sotobosque de piornos, enebros, helechos, retamas, con lugares junto a los arroyos especialmente tocados de gracia, con tejos, abedules y ace-

bos. Si continuamos descendiendo atravesaremos el rebollar con arces, retamas y brezos. Ya en las peanas se-rranas complementarán el perfil que hemos recorrido enebros, encinares, fresnedas y jarales, saucedas. Los paisajes que configuran estos conjuntos vegetales escalonados son ámbitos muy propios del Guadarrama, claramente diferenciados en sus rasgos y ritmos de los agrarios y urbanos.

Si hay un pinar de reconocidas calidad y belleza en la Península, ése es el de Valsaín. Los pinos silvestres, que cubren mayoritariamente su superficie, adquieren en él dimensiones, formas y conjuntos de muy apreciable valor. El paisaje boscoso de la Sierra, completado aquí por rebollares y agrupaciones de otras especies, como acebos, tejos, serbales, arces, ha alcanzado en este valle su más completa expresión. Es hábitat de fauna simbólica en el Sistema Central, como el buitre negro o la nutria. Haber estado en Valsaín parece una exigencia para cualquier naturalista o amante de la naturaleza. Es difícil hablar de ésta con conocimiento de causa sin haber observado detenidamente sus espléndidas arboledas. Propiedad antaño de Segovia, pasó Valsaín luego sucesivamente a la Corona, al Patrimonio y al Organismo Autónomo de Parques Nacionales. El monte es en la actualidad objeto también de aprovechamientos tradicionales combinados, regulados y compatibilizados. Por todas estas confluencias naturales e históricas, además de por su belleza, Valsaín podría ser considerado el modelo del bosque del Guadarrama, a la vez pinar noble y monte maderero pero sobre todo símbolo del gran paisaje forestal serrano. El pino silvestre, árbol elevado de tronco derecho y de silueta añosa que sigue los cánones pictóricos de los paisajistas orientales, árbol que alcanza el límite superior del bosque adaptando su forma a la ventisca o que se acomoda al roquedo con armonía estética, extendido por Europa desde Escandinavia a nuestras montañas, forma en Valsaín una de sus espesuras más célebres, casi en el confín de su amplia área de distribución.

Además, entre los vallejitos que se abren en las laderas del Guadarrama hay uno particularmente recogido y bello: el del Reajo del Sestil del Maíllo, que podemos tomar como ejemplo complementario de las singulares arboledas en riberas serranas. Hasta su nombre sonoro y compuesto es evocador de una sierra auténtica, la del arroyo o regajo sonoro, claro y humilde, la del ganado que sestea y la del fruto del manzano silvestre. Allí se reúnen en un paisaje apacible el rumor del torrente que salta con pequeños brillos en el cauce sombrío y el de la bóveda de las copas de los altos árboles balanceadas por un viento suave que mueve la luz entre las hojas. Es la Sierra del bosque en su más delicada forma de presentación. Entre la cumbre pétrea y el valle humanizado se extiende la ladera boscosa guadarrameña, el monte rústico y forestal serrano, en el que ya no hay sino paisaje, incluso *interior* del paisaje. Por aquí vaga el alma de la Sierra.

Matorrales cimeros, achaparrados jabinos, piornos, cambroños, herbazales secos y húmedos, cervunales, oscuros pinares silvestres, rebollares mil veces cortados,

encinares, fresnedas mochadas, saucedas, dehesas, barrancos con abedules, tejos y acebos, todos tienen un fino tejido físico y una historia de pastores, leñadores, gabarreros, ordenaciones, guardas, madereros y protección. Este cuadro es un resultado a la vez de la evolución biogeográfica de las montañas interiores españolas y un producto de ordenanzas, propiedades, selvicultura y aprovechamientos. Hay muchas voces que aún hablan en el silencio del bosque del Guadarrama.

IV

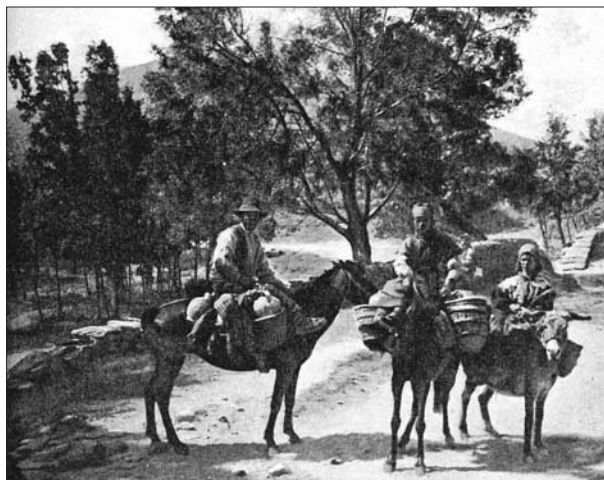
EL ROSTRO HUMANO DE LA SIERRA DE GUADARRAMA

Sobre páramos, campiñas y vegas, desde ambas mesetas, sobre restos de encinares y campos castigados, se alzan las moles oscuras de pinares y también leonadas o verdes de robledos serranos o los tendidos perfiles de nieve de personalidad diferenciada. Por su alta cuerda serpentea la habitual cinta blanca del telón invernal madrileño: o, como escribía Villaespesa en versos de 1911, de noche la luz de la luna cruza un escalofrío de plata por las nevadas vértebras de la Sierra.

En ese contraste geográfico de relieve, clima, aguas, vegetación, anida también una humanización de identidad marcada, una red de pueblos, de campos cercados y dehesas, cuyo conjunto forma en el mapa una banda interpuesta original con escenarios escalonados. Un paisaje de dominio aún mixto rural y natural que, junto a las ciudades (Segovia y sobre todo Madrid, por su misma masa y agitación), representa un milagro respecto al ajetre urbano. De modo principal, la Sierra es un lugar donde vivir. Es un paisaje con rostro humano secular, un acumulador de vida histórica, de circunstancias presentes y sueños futuros. La vida está así impresa en su paisaje. El paisaje serrano guarda huellas nobles por todas partes. La conservación es también un nuevo modelo de uso noble y un programa de futuro en conexión con los procesos de asentamiento, de aprovechamiento y de concepto cultural de la Sierra. Decía Cela que habría que evitar que esa escritura quedara borrada, como la tiza de un encerado, por el cepillo de la trivialidad moderna.

Si se atiende a los nombres de los lugares, resalta el sentido dado por una larga humanización al territorio serrano. Todo está bautizado con un sentido, una perspectiva, unos cánones, una función, unas personas, unos sucesos. Allí está la Pradera de Navalasviudas o Majaelcojo, evocando historias y personajes perdidos, el Vado de los Tres Maderos o el Puerto del Medio Celemín, para re-

FIGS. 18 y 19. Cambios en la Sierra. Inicios del siglo XX. Fotografía de B. H. Briz. Inicios del XXI. Fotografía de Eduardo Martínez de Pisón.



cordar obras y trabajos. Desde las cumbres, en los altos todavía hay sitios llamados Los Pelados y las Peñas, donde abunda la roca, o los Hoyos y los Neveros, donde los antiguos glaciares o la nieve reciente marcan su dibujo en altitud, o los Puertos, las Cabezas o los Cerros en la línea de cumbres. En las laderas están los Regajos o arroyuelos, las Majadas del ganado, los Rasos, Canchos y Umbrías, según cambia el terreno, los Palancares, Robles e Hiruelas al variar el monte y el aprovechamiento. Y en los fondos de los valles están las arboledas, como la Alameda y la Pinilla, la humedad del suelo en el Paular, el relieve en Oteruelo, las dedicaciones en los Linares, el Prado, los Molinos, el Monasterio o la Mata Vedada, y la tierra gastada en el Tomillar y el Calvero. En las denominaciones de los lugares el observador atento de la sierra va recuperando geografía, viva y perdida, y también nieblas de gentes que perduraron sólo en el nombre confuso de una espesura, un prado o un puerto.

El Valle del Lozoya es, como hemos dicho, el valle serrano por excelencia. Desde las lomas de acceso a la Najarra hay una vista de Peñalara que pintó Morera a fines del siglo XIX; si buscamos hoy esa misma perspectiva, el paisaje en sus líneas generales parece no haber cambiado: la alta y la media montaña siguen en apariencia similares, y hasta están voluntariamente recuperadas. Pero en el valle y más aún en las rampas externas de la Sierra hay una transformación en pleno proceso, aunque no pocas señas de su identidad paisajística también se mantienen, dando lugar a originales paisajes rurales. Un visitante que no haya venido por esas peanas en un decenio no dejará de asombrarse alarmado por las reconfiguraciones urbanas de los paisajes, sobre todo en los entornos de las poblaciones a costa de los viejos alfoeces de

campos cercados. Pero todavía hay persistente, podríamos decir, un estilo carpetano impreso en los suelos del valle, en dehesas, campos cercados, terrenos ganaderos, que revela madurez, algo decantado y bien hecho, salvo cuando entran en abandono o son sustituidos por la excitación invasora de terrenos urbanizados. Son el complemento activo de los elementos naturales y el legado de una historia asentada en los paisajes. Cuando se conserva, el tejido territorial del Valle y del piedemonte aún aparece como un conjunto integrado, como un tapiz bien tramado.

El paisaje rural visto desde el valle está cerrado por un cingulo de cumbres en marcados desniveles, y aparece constituido por un mosaico de robledos y prados con muros extendido por los entornos campestres del sistema de pueblos, que quedan agrupados y ordenados según el eje del río. Una constelación de pueblos próximos arma aquí un sistema de poblamiento y de relaciones, que late acompasadamente en una unidad formal, económica, social, cultural y estética. El conjunto de campos, montes, cercas, caminos, puentes, dehesas, líneas de arboledas, es expresión de una organización ganadera y ha llegado a constituirse en un legado patrimonial cuyo dibujo es bello y donde las formas acumulan significados.

Desde esa base o ese fondo, el escenario está en relación con las amplias, empinadas y desniveladas laderas montaraces y hasta con las elevadas cumbres, por ejemplo de la Cuerda Larga o de de los Montes Carpetanos, que se rematan en Peñalara, o incluso poco más allá de Siete Picos, reunión de cimas mayores y significativas del Guadarrama. Desde los relieves montañosos, los escarpes, de barrancos con sus cascadas, que encuadran las rampas y los fondos de valle, la fosa del Lozoya, con



su dibujo aparentemente cerrado que le otorga un aire de recinto aislado, de ejido y huerto retirados en el interior de la montaña.

Hay dos modalidades en este paisaje humanizado: por una parte, lógicamente, la rural, por otra la monumental, introducida desde la corte, el poder o la Iglesia. El ejemplo más evidente de la primera son, como venimos diciendo, los campos cercados que aún hacen retículas de prados, árboles y muros en torno a los pueblos; de la segunda, sin duda, El Paular, análogo en significado a otros puntos serranos de fuerte peso cultural como El Escorial y La Granja. El Monasterio de El Paular se entiende mejor enclavado en el entorno que lo encuadra, que le aporta calidad, sosiego, arboledas, río y silueta de las montañas que como un objeto aislado de arte, tanto más puesto que se asienta en la misma bisagra donde cambia el valle de fosa rústica a cabecera progresivamente natural, de campo a monte, como puerta a lo forestal, a los arroyos encajados, a las pendientes fuertes, al camino hacia el puerto y la cumbre, como una implantación de calidad, un notorio valor más emplazado justamente en el tránsito entre los dos entes geográficos capitales del Valle, la montaña boscosa y de peñascal y la fosa campesina. Al Paular, la vieja Cartuja silenciosa cantada por Enrique de Mesa, han ido a escuchar su voz interior los hombres también atentos al ritmo concertado de la naturaleza, han ido a oírla inserta en el coro del agua, del aire, de la piedra y del árbol.

Fundado el monasterio en 1390 se levantó a lo largo del siglo siguiente, con piezas añadidas del XVI, XVII y XVIII. El templo está cargado de identidad: ha tenido, por supuesto, monjes, arquitectos famosos y canteros anónimos, escultores, forjadores, jardineros, labriegos,

molineros, visitantes reales y santos. Desamortizado en 1835, salió de él la orden de San Bruno y El Paular se vació. Se le dieron, no obstante, distintas utilizaciones y reconocimientos tras este suceso, como su declaración de Monumento Nacional en 1876. En 1954 se quiso revitalizar como el Montserrat del Guadarrama y a sus muros y patios volvieron monjes, ahora benedictinos, que retomaron la prolongada continuidad interrumpida de su significado monástico. Azorín recogía las glosas de un prior del Paular que identificaba cultura y paisaje. Baroja pasaba temporadas a fines del siglo XIX alojado allí con su familia. También lo hacían Menéndez Pidal o Mesa o institucionistas, junto a otros intelectuales y artistas madrileños, que mantuvieron de modo laico en este enclave, a la vez cercano y apartado, olvidado y reconocido, un centro de sentido espiritual. De este grupo nacería un estilo de amor a la Sierra caracterizado por la exigencia de calidad. Ahí tiene también sus raíces su primer afán de protección. El Valle es, pues, el eje geográfico del Guadarrama en muchos sentidos, y la puerta dorada de ingreso al corazón de la sierra madrileña. Y, en él, el Paular es el símbolo físico e inmaterial de su identidad en la misma entrada a la montaña propiamente dicha.

Los otros dos elementos monumentales claves de la presencia cortesana en la Sierra, bien conocidos, son El Escorial y La Granja. Se ha escrito de todo sobre ambos parajes, pero siempre queda la vuelta a ellos en días sosegados, si es que aún existen, por ejemplo con el disfrute del austero zócalo del monasterio de El Escorial, cara al monte o de su explanada ajardinada hacia el soleado llano, arquitectura paisajista que realza la natural división de umbría y solana. Los escritores han tenido aquí impresiones de magnitud, de moles de piedra, de



FIG. 20. Preámbulo excursionista serrano franco-español: en el Reajo del Sestil del Maíllo (2005). De izquierda a derecha: Omar Moncada, Susana Álvarez Camporro, Danièle Laplace-Treytore, Hélène Saule-Sorbé, Ángela García Carballo (detrás), Elia Canosa, Manuel Mollá, Jacobo García Álvarez, Isabelle Degrémont (detrás, de perfil), Eduardo Martínez de Pisón y Juan Carlos Castañón. Fotografía de Nicolás Ortega.

trato con cosas esenciales, de obligatoria meditación. Ortega y Gasset lo describió integrado en su entorno forestal, cambiando con él en las estaciones: «en invierno cobrizo, áureo en otoño y de un verde oscuro en estío». El filósofo vio así el paisaje constituido combinadamente por la naturaleza y el hombre.

Aunque el palacio y los jardines de La Granja tienden a reclirse, a mirarse a sí mismos, a aislarse de la montaña dentro de su cerca, juegan inevitablemente con sus elementos naturales de agua, clima y vegetación. En realidad, es procedente seguir la cabal mirada que sobre ellos lanzaron Breñosa y Castellarnau, autores de la guía del Real Sitio de San Ildefonso publicada en 1884. Su ejemplar descripción sitúa el Real Sitio, como es debido, en su emplazamiento geográfico, en sus condiciones ambientales, las nubes, las tempestades, «cuyos truenos retumban con fragor en las concavidades de la cordillera», las poblaciones, las industrias, los sucesos notables y los paisajes de sus alrededores. De este modo, Valsáin, y con él la Sierra entera, cobran su parte indispensable de presencia de montes, arroyos y rocas en representación compartida con la del Real Sitio y se aprende que la Sierra de Guadarrama es todo ello, ordenado, reunido y combinado, porque es de tal suma de donde deriva la verdadera entidad de sus calidades.

Pero, además, el Guadarrama no está exento de visibles marcas negativas en su naturaleza y en sus paisajes, aunque eso no impida valorar lo mucho valorable que aún tiene. La huella humana sobre el terreno se extiende

año tras año siguiendo proyectos y obras intensamente transformadoras. A su pie son, por ejemplo, embalses, edificaciones, carreteras, canteras, y en altitud remontes, pistas y obras de estaciones de esquí de alto impacto. Sin embargo, cuando hay voluntad de protección y de recuperación de la naturaleza y el paisaje, éstas se vuelven posibles: en la Sierra está el excelente ejemplo del rescate de Peñalara, una montaña perdida en el naufragio de un negocio de esquí y urbanización de altitud mal entendido. Tal rescate es un ejemplo internacional, que anima a buscar la consolidación de una Sierra defendida y cuidada. El proceso de Peñalara es de este modo el símbolo de la Sierra, proyectado al conjunto de la montaña.

Tal guía simbólica arraiga en un fondo cultural de notable entidad. Es el mismo itinerario de las ideas y actitudes que dominaron en el descubrimiento cultural de la Sierra y que deben también ser recuperadas. Fue El Paular el enclave, el foco en el que se consolidó ese movimiento intelectual asociado a la Institución Libre de Enseñanza y a una minoría intelectual y artística de primera fila. Ello abrió un proceso de atención científica, que consiguió logros rápidos en el entendimiento de la montaña, y en la puesta en valor cultural de la Sierra, asociada a la vieja historia, a la literatura tradicional, a la pintura del paisaje, a la educación y a un sentimiento de recuperación de identidad abatido después del 98. Con Giner de los Ríos y sus discípulos se otorgó, como es sabido, el sentido y el sentimiento profundo que aún tienen los paisajes de la Sierra. Y la atención que le concedió la gran literatura del 98 o la que le regaló Ortega y Gasset dieron pie a una continuidad cultural que se añadió a la atención prestada por forestales y naturalistas. Constituyó esta aproximación, por tanto, un ciclo completo, pues también nuestra escuela de pintura del paisaje vinculó la Sierra a sus principales expresiones artísticas con Haes, Morera, Espina, Beruete y Sorolla, entre otros. En conjunto todo este ciclo cultural logró el encuentro de un significado, de modo que la Sierra de Guadarrama es una de nuestras montañas más llenas de contenidos culturales. Si su paisaje es merecedor de admiración, estos significados obligan a su respeto y conducen necesariamente a su protección.

V

«¿NO BROTA EL AGUA SANTA DEL PEÑASCO?»
(A. MACHADO)

Tarda en brotar, sin duda. El proceso, tanto tiempo «en el hondón del barranco», según otro verso del mis-

mo poeta, ya casi centenario, aún espera su término. Nuestra experiencia directa en ese proceso está restringida a la Comunidad de Madrid y se ha desarrollado en un ambiente riguroso, realista y, en suma, solvente. Pero también nos ha dado a conocer un entorno menos cualificado. El proyecto reciente de un Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama debería haber sido de todos y estar incluido por todos en una política de salvaguarda patrimonial, por encima de la instrumentalización pasajera. Sin embargo, dicho proceso ha ido quedando inevitablemente envuelto también entre otros intereses inoportunos, aunque más agresivos, desacertados en casos para llevar adelante con eficiencia esta oportunidad de preservación en las tres escalas que requiere, local, regional y nacional, o incluso hostiles a la consecución de tan generosa idea. Y una vez más se va demostrando que una buena parte de nuestra sociedad no parece estar al nivel que requiere nuestra realidad natural ni es capaz muchas veces de acometer empresas que demanden grados mayores de calidad. Claro está, también puede ocurrir que la idea de Parque Nacional requiera un nivel cultural que no todos alcanzan. Bien decía Giner (y está claro que la afirmación sigue en vigor) que en España no se está normalmente a la altura de nuestros paisajes.

Entretanto, el Plan de Ordenación preceptivo para cumplir con los requisitos legales y para plantear con seriedad las propuestas, directrices y normas del Parque en la vertiente madrileña se terminó en su momento y ha pasado por sus distintas fases de exposición, aprobación, alegaciones y refrendos públicos. Este plan se refiere sólo, como debe ser, a la ordenación de los recursos naturales, no a otras cosas, y sigue unas pautas en un marco prefijado por las normas y en referencia concreta a los caracteres de un área de estudio igualmente prefijada. Como una parte de los excursionistas somos coautores de dicho Plan, nuestro viaje fue también de modo inevitable una exposición de sus resultados y propuestas, en directa confrontación con el terreno.

El PORN que hemos elaborado consta de dos partes: la primera es un estudio de más de veinte tomos y la segunda un volumen único de normativa. El estudio comprende las secciones de naturaleza, territorio, economía, cultura, deporte y paisaje, y la parte aplicada contiene la síntesis de la metodología, el diagnóstico, la zonificación, las directrices generales de ordenación, la normativa general, por tipos de recursos y de usos, y los regímenes de protección, con su cartografía. Como aplicación de las figuras previstas en las normas vigentes a las características de las distintas áreas del territorio estudiado seleccionamos aquellas figuras que po-

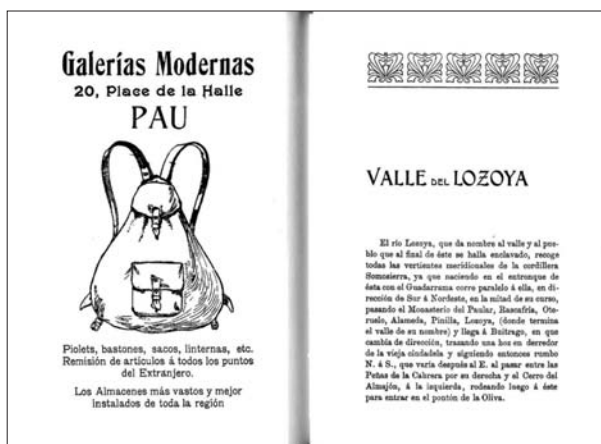


FIG. 21. Vieja relación entre el guadarramismo y los pirineístas de Pau: páginas de la guía del Guadarrama de Zabala (1911).

drían formar un cuadro conjunto coherente entre sí, con elementos de mutuo apoyo. La propuesta final consiste en el otorgamiento de la figura de Parque Nacional al núcleo serrano que se extiende entre los puertos de Navarría y del León, con la siguiente zonificación interna: una Zona de Uso Restringido con sus Reservas, realmente el núcleo del Parque Nacional, por ser geográficamente congruente con su calidad intrínseca, con el estado y carácter de su naturaleza, por su carácter axial y organizador en el terreno, y por su necesidad específica de conservación; una Zona de Uso Moderado como aureola de la anterior, donde caben ciertas compatibilidades de usos; una Zona de Uso Especial en la que se ha previsto englobar, bajo control directo del Parque Nacional, a los asentamientos y equipamientos de las áreas inmediatas a los puertos de Navacerrada y Los Cotos; y una Zona de Asentamientos Tradicionales en la célula limítrofe de El Paular, con edificaciones y usos, dado su elevado significado cultural. Además, se establece una Zona Periférica de Protección, en seguimiento del Plan Director y con el propósito de proteger gradualmente mediante una nueva aureola externa el Parque Nacional; para conservar mejor su área con figuras propias más precisas, aunque con un tipo y un nivel diferentes, se otorga a esta zona periférica en un sector la categoría de Parque Regional y en otro la de Paisaje Protegido. Finalmente, fuera ya del Parque y de su zona periférica, se aplica al resto del ámbito madrileño objeto del PORN, en ámbitos ya de áreas urbanizadas o con condiciones no susceptibles de inclusión en las figuras de protección de la naturaleza existentes, un tipo de régimen cualificado como Zona de transición, asimilada en su gestión al



Fig. 22. En el circo de Peñalara (2006). Fotografía de Nicolás Ortega.

conjunto descrito, que tienda a los fines de calidad del paisaje y que se interponga entre los sectores de intensa funcionalidad y los sectores de protección. En cualquier caso, quien desee más detalles puede usar el documento sometido a la consideración de la Asamblea de Madrid en junio de 2006 donde tendrá acceso a 104 páginas de puntualizaciones que aquí no puedo reproducir. En conclusión, este documento propone pasar de unas unidades tradicionales de protección dispersas y de rango medio, de tamaño restringido en el terreno propiamente serrano y relativamente inconexas, a otras amplias, unidas, de rangos alto y medio, y conectadas en un conjunto montañoso de soporte geográfico más riguroso. En conjunto es una propuesta orgánica y progresiva con funciones diferenciadas, e incluso el Parque Nacional estricto lo es también internamente y, por ello, la gestión propuesta se modula gradualmente según esas áreas diferenciadas y escalonadas y se coordina en el territorio completo y en su relación externa.

VI DE VIAJE

Con estos precedentes y condicionantes emprendimos nuestra visita a la Sierra poniendo el énfasis de la explicación en su significado patrimonial, tanto natural como humano y, en suma, en su entidad paisajística. El ambiente natural del recorrido efectuado es, en síntesis, el siguiente:

Hasta Miraflores llega uno de los tentáculos metropolitanos de Madrid, ondulando entre prados y arboledas por la peana de la Sierra y con uno de sus extremos o campamentos avanzados justo en dicho pueblo. Por ello, la ladera serrana arranca desde él con un marcado contraste. La ascensión al Puerto de La Morcuera permite seguir el perfil meridional, la solana de la Sierra, desde casi su base hasta la cuerda divisoria. Tal vez lo más expresivo de esta ladera es su robledal amplio, con los intervalos derivados de sus pedrizas y de las riberas de sus torrentes, que cierra el paisaje con su arboleda característica y su cromatismo rojizo, contrastando con el dominante del puerto y de la cumbre, área de matorral de piorno, salvo en las repoblaciones de pino salpicadas y en los escalonados resaltes rocosos que ascienden hacia La Najarra. El rellano elevado de La Morcuera conforma un lugar bastante especial, el dorso de un bloque intermedio entre la base de la fosa del Lozoya y el de la alomada cuerda cumbreña. La Sierra central tiene aquí un excelente mirador a ambas vertientes, con la mejor perspectiva para explicar su orografía, tanto la de la Cuerda Larga y sus Cabezas de Hierro como la convergente de los Montes Carpetanos con su culminación en Peñalara.

El valle puede ser entendido desde aquí en armonía con sus cumbres, pues aparece deprimido entre ambos relieves por las netas directrices tectónicas que lo definen y separan de sus laderas, y también escalonado hacia la mencionada convergencia por los mismos accidentes que dan lugar a las gradas de la montaña. La vista de Peñalara permite, además, distinguir sus formas glaciares orientales de conjunto, tanto sus peldaños como sus circos, cumbres y morrenas, e identificarlos con sus singulares topónimos. La huella institucionista está simbólicamente representada por la Fuente de Cossío (o también Fuente Cossío) y el recuerdo de lo contado en las memorias familiares de Fernanda Troyano hace recobrar el itinerario casi expedicionario de los tal vez primeros amantes madrileños, en sentido moderno o tal vez estricto, del Guadarrama, cuando se acercaban desde Madrid y Miraflores al entonces casi escondido Valle de Lozoya y su apreciado enclave de El Paular. Es el mismo recorrido que ahora repetimos. Están suavizadas las formas altas del bloque de La Morcuera por el modelado periglacial y quedan retocadas por las cabeceras mal definidas y los cauces altos poco marcados de los torrentes que luego se precipitan hacia el norte. En esa dirección los rellanos mueren casi repentinamente en resaltes y escarpes rocosos en los que se han clavado, agargantándose, los vallejitos que van al Lozoya. Entre tales incisiones torrenciales fuertes persisten algunos le-

ves peldaños aluviales intercalados, mientras en la ladera de umbría reaparece el robledal con modalidades según su ubicación entre las peñas o en declives menores y, claro está, según descendemos hacia la fosa.

El fondo de la fosa permite la extensión del robledo, pero en realidad constituye un mosaico de variedad apreciable, pues en él aparecen también encinas con enebros y sabinas, propias de la solana basal, riberas propias de valle amplio con su soto, áreas de prados y de cultivos y de asentamientos, pinar que pronto sucede en altitud al roble e incluso se entremezcla con él en una banda de transición, riberas profundas con tejos, amplios pinares silvestres que bajan de las laderas, praderas y pinos en las mesas y rellanos intermedios e incluso terrazas fluviales, conos de depósitos torrenciales y sedimentos que introducen modificaciones locales en los suelos y en las formas.

La ascensión hacia el Puerto de los Cotos interna necesariamente a quien la realiza en una de las mejores muestras de pinar de pino silvestre del Guadarrama, el Pinar de los Belgas, hasta el momento compatibilizado con un aprovechamiento maderero ponderado, mientras la parte superior del valle se estrecha y empina entre los más altos picos que cierran esta cabecera. El camino va superando sucesivos escalones y cortando torrentes con perfiles ya marcados hasta dicho Puerto. Aquí, a cota superior a los 1.800 metros de altitud, comienza a otearse el paisaje de la alta montaña guadarrameña, aún boscoso pero progresivamente rocoso hacia las pendientes en ascenso que arman el macizo de Peñalara. Pronto los pinos altos pasan a troncos curvados con ramajes disimétricos o en bandera e incluso reclinados hacia el suelo.

En una caminata breve se penetra en el área morrénica externa procedente de los circos de Peñalara, con sus característicos muros arqueados, sus arenas, gravas y bloques y un recubrimiento de altitud por matorral de piorno y de jabino en el que sólo aparecen dispersos unos últimos pinos resistentes. La morrena se apoya sobre uno de los últimos peldaños morfoestructónicos que escalonan el macizo. Al atravesar este prominente arco morrénico hacia el interior del macizo por el tajo que en él ha abierto el torrente que procede de la Laguna, el cambio es radical: un paisaje característico de la alta montaña se abre de pronto y se adueña del escenario. Los circos pétreos gemelos y confluentes de La Laguna y de Dos Hermanas, con sus riscos, umbrales y escalones, y la ceñuda loma cumbreña que los remata cierran un arco de panorama que prosigue a nuestros lados y espalda con el otro arco de peñas desgajadas, la gran mo-



FIG. 23. En la Laguna de Peñalara (2006). Fotografía de Nicolás Ortega.

rrena, directamente arrancadas de ese anfiteatro rocoso, transportadas por el hielo de un viejo glaciar pleistoceno, mostrando en círculo su huella en planta y volumen, su molde o caja perfecta vaciada. Entre la gran cantera natural y su depósito sólo falta hoy el hielo que talló la primera y transportó y abandonó a su alrededor el cantarral arrancado. Cualquier geógrafo imaginativo podría ver allí, en el hueco, el hielo de hace 20.000 años brillando al sol castellano. Penetramos, pues, ahora en el recinto por antonomasia del Guadarrama o, siguiendo la expresión de un ilustre viajero francés del XIX, en el mismo cuenco del ojo de la sierra.

Las señas de identidad de las montañas que estuvieron un día glaciadas ya habitan aquí: estrías y aborregamientos en las peñas, lagunillas intermorrénicas, bloques erráticos, rellanos internos con aguazales, arroyos rápidos y pastos encharcados de aguas lentas, prados húmedos y secos, formas rugosas de antiguas morrenas de ablación de hielos negros que aún reproducen la planta de aquellas lenguas cubiertas de piedras, umbrales con sus paredes desgajadas según fisuras visibles y colonizadas por líquenes, con cornisas y dorsos abiertos en lajas según sus diaclasas, roídos por la abrasión, colonizados por herbazales y matorral en sus pequeñas depresiones arenosas y húmedas, y, más al fondo, la base del circo junto a la laguna y las últimas morrenas de retirada del hielo de Peñalara, las pedreras posteriores que forman taludes de derrubios, las paredes de los circos cinceladas según su haz de fracturas perfectamente perceptible, con sus cornisas rocosas colonizadas y sus canales abiertas y con derrubios en conos y laderas, inactivos y activos. En el inmediato circo de Dos Hermanas, una trasera está rematada por un arco morrénico final de menores dimen-



FIG. 24. Dibujando las morrenas de Peñalara (2006). De izquierda a derecha: Alicia Vadillo, Antonio López Ontiveros, Juan F. Ojeda, Jacobo García Álvarez, Eduardo Martínez de Pisón, Isabelle Degremont y Danièle Laplace-Treytore. Fotografía de Nicolás Ortega.

siones pero que cerró esta cuenca permitiendo su relleno detrítico y guardando sobre él formas más recientes de significativas coladas de piedras generadas ya en momentos posglaciares por mecanismos de tipo periglacial.

La serie o secuencia de la agrupación de morrenas de este lugar en arcos tan bien definidos y repartidos nos ha permitido desde hace años no sólo identificarlos y cartografiarlos sino interpretarlos en una sucesión cronológica ejemplar. Su pequeña dimensión no es incompatible con su gran historia; es más, su proporción abaricable facilita su visión de conjunto. Todos los restos morrénicos del antiguo glaciar de La Laguna expresan episodios sucesivos de una sola glaciación pleistocena reciente: los dos arcos más externos, juntos, indican una primera fase de expansión glaciar confluyente desde los dos circos, con terminación inicialmente de la lengua en su momento de mayor longitud en punta de lanza. Ese doble arco significa sólo una pulsación menor de este episodio. Posteriormente el glaciar pierde longitud en esa punta de la lengua, se repliega encima del peldaño morfotectónico penúltimo y allí se estabiliza largo tiempo con pequeños estadios internos, como muestra el gran acúmulo de materiales morrénicos en esa posición, con la yuxtaposición y convergencia de los hielos procedentes tanto del circo de Dos Hermanas como del de La Laguna. Cuando la glaciación toca a su fin, esa lengua se disocia en dos según los dos circos gemelos, con una morrena mediana muy clara entre ellas. Las dos lenguas empiezan a retroceder simultáneamente aunque con independencia, pierden longitud y espesor y se recubren de piedras procedentes de las paredes traseras formando lo que se llama hielo negro o sucio o cubierto. Esas len-

guas en crisis acaban por fundir in situ y dejan sus recubrimientos en forma más indefinida que los arcos, como el fantasma de unos hielos ya camino de la extinción. Por último, éstos se repliegan en los cuencos últimos de ambos circos en forma de lentejones de hielo y construyen en su linde inferior sendos arcos morrénicos de menor dimensión hasta que funden por completo: el hueco del cuenco meridional se rellena entonces de detritus y el del septentrional, potenciado por una cubeta local de excavación, se inunda por las aguas de fusión dando lugar a esa laguna llena de evocaciones y que, sin serlo, ha merecido el nombre de Grande. Las leyendas locales y hasta las poesías cultistas se han encargado de acentuar sus rasgos de misterio perdido en la sierra.

Sobre el doble anfiteatro cortado, ya en la línea pedregosa de cumbre de pendiente atenuada y con resaltes menores, prosiguen dispersos el matorral de altitud y las formaciones herbosas entre los guijarros y en terracillas por pendientes donde se mueve el sustrato, pero nuestra excursión, que aún tenía que visitar Valsaín y La Granja no llegó a tal cota en esta ocasión. Puede que acaso sí nos viera a nosotros un pequeño pájaro propio sólo de los altos relieves, el acentor alpino, símbolo quizá de todos los significados de este lugar.

En este recorrido final de la ascensión, que culminamos al borde de la Laguna Grande de Peñalara, se está renaturalizando un espacio único y muy valioso en el Guadarrama que estuvo, no sé si sólo con torpeza, atolondradamente o incluso inicualemente, artificializado por una inoportuna estación de esquí y amenazado por sus obras e incluso por directos propósitos de urbanización en altitud. Desde el año 1990 este espacio fue recobrado para la naturaleza por una expresa acción de política conservacionista (que lo recalificó como Parque Natural) y los paisajes perdidos empezaron a volver tras demoliciones de artefactos, restauraciones de desperfectos y una gestión encaminada al retorno a un medio similar al anterior al asalto y abatimiento que experimentó en el decenio de los setenta del siglo XX. Fue tal decisión de retorno un reparador acto de civilización y un ejemplo irradiante de preservación de la naturaleza para todo el Guadarrama. Nunca estaremos suficientemente agradecidos a tal proceso de recuperación del paisaje. Lo único que deseamos es, por un lado, que no nos lleve el loable afán restaurador más allá del límite de lo natural, y, por otro, que no se acantone aquí el impulso sino que trascienda a la sierra en su conjunto.

Nicolás Ortega, director de las jornadas, nos guió luego por el frondoso Valsaín camino del palacio y sus

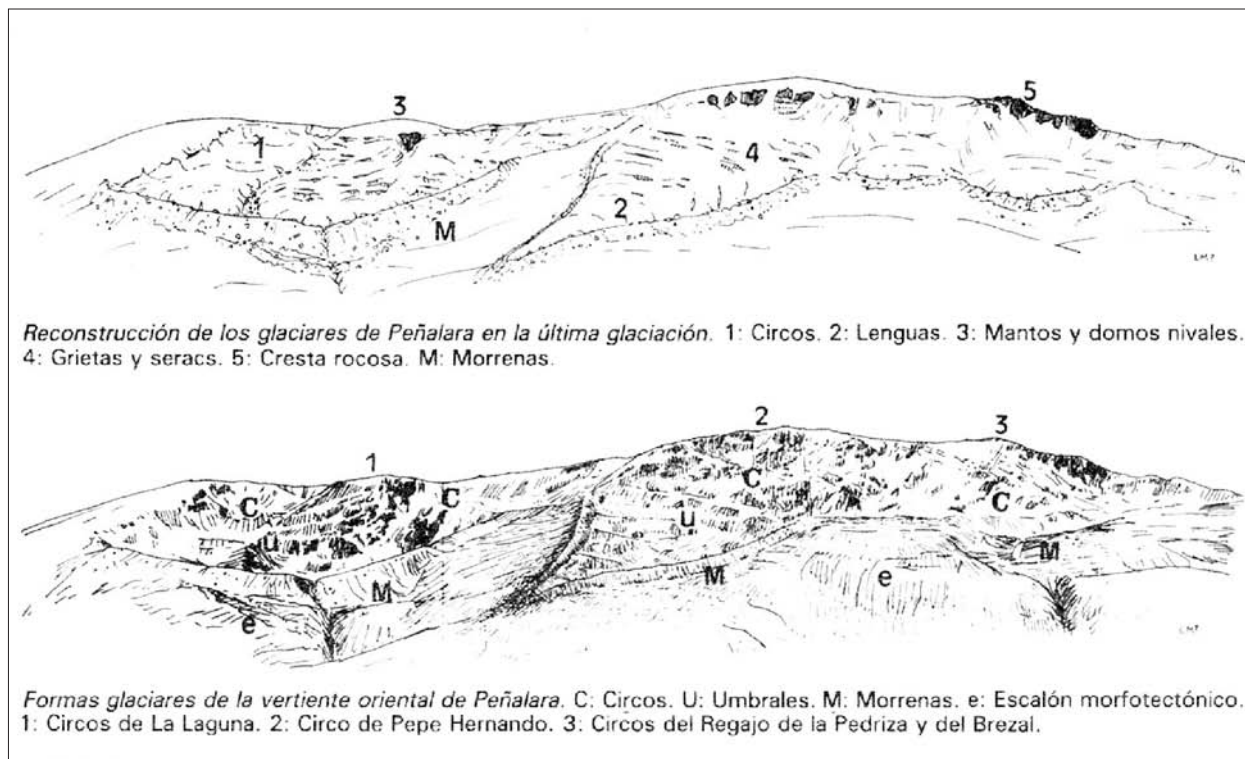


FIG. 25. Formas glaciares de Peñalara. Dibujo de Eduardo Martínez de Pisón.

jardines en San Ildefonso, en un complemento profundo que terminó el trazado íntegro del perfil madrileño y segoviano del Guadarrama hasta el atardecer en la linde entre el refinamiento del hombre y el poder del bosque que iba siendo ganado por la penumbra. Entre los textos que nos entregó hay uno de la *Sociedad para el estudio del Guadarrama*, de 1886, donde se escribe que «para conocer un objeto es indispensable verlo» y que las ex-

cursiones son uno de esos medios para ver. Rebeldes contra el vicio cultural de «prescindir del examen directo», propugnaron las excursiones como «una protesta enérgica contra este sentido», para «estudiar la naturaleza en medio de ella». Esta excursión nuestra por el mismo Guadarrama fue también un modo de sumarnos a esa estupenda rebeldía.— EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación SEI2004-03777, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y el FEDER.